

el acuerdo de moscú

• MANUEL VIRASORO, S. J.

El acuerdo recientemente concluído en Moscú sobre las experiencias nucleares ha sido recibido por casi todo el mundo con profunda satisfacción. El cese de experiencias estipulado no alcanza, es cierto, a las experiencias subterráneas —únicas hasta ahora incontrolables a distancia— pero se extiende a todas aquellas que, de un modo u otro, tenían carácter más pernicioso. Nadie duda, por ello, que el tratado en sí podría ser perfeccionado. Ni es errado el suponer que existen otros elementos fuera de los términos mismos del acuerdo gracias a los cuales se ha obtenido ese efecto letificante. Entre ellos se encuentra, no hay duda, el mero hecho de un acuerdo en materia hasta ahora tan disputada. El mundo celebra allí una concordia entre viejos rivales tenazmente recelosos y ve en ella un aflojamiento de las tensiones. El clima en que se desarrollaron las conversaciones adquirió por momentos tonalidades idílicas, insospechadas tras las suspicacias y reiterados fracasos de las reuniones "de alto nivel". Las cortesías y consideraciones, la afabilidad y mesura han sido la tónica tanto de las conversaciones tendientes a actualizar el tratado de Moscú como de las que posteriormente se retomaron en Ginebra sobre el desarme.

Todo ello constituía en sí mismo un acontecimiento auspicioso para un mundo fatigado de las disensiones y amena-

zas hasta hoy en día vigentes. Pero no se fundaba allí la reacción exultante de gran parte del mundo occidental. Como telón de fondo había actuado el diálogo entre Moscú y Peking para dar relieve singular al pacto de Moscú. La concordia entre Rusia y Occidente ha sido interpretada por muchos observadores como un ablandamiento de la posición Moscovita o, en otros términos, como una ruptura con la línea de dureza extrema e intransigencia representada por Peking.

Sin el conflicto Moscú-Peking es muy probable, si no seguro, que el acuerdo de Moscú hubiera carecido de los rasgos promisorios con que muchos lo revisitaron o de las significaciones que en él han descubierto. No hay más que leer los comentarios emanados con ocasión del acuerdo y aún los análisis efectuados sobre el mismo para percibir en qué medida la sombra de un puño fuertemente cerrado en Peking hace agradable el apretón de manos con Moscú. Tanto más cuanto que este apretón parece indicar a muchos el primer gesto de una marcha posterior en que Moscú y Occidente irán del braceté.

Ante esas reacciones exultantes y esas interpretaciones apresuradas puede uno preguntarse sobre su verdadero fundamento. Con ello no se pretende invalidar todo lo que el tratado de Moscú puede significar para la paz del mundo.

Pero sí puede lograrse una más cabal apreciación del mismo y de los elementos que contribuyeron a su logro.

REALIDAD Y PROPAGANDA

Los tironeos ideológicos entre Moscú y Peking culminaron en los diálogos entre representantes Rusos y Chinos en la misma ciudad de Moscú, que sería en esos días sede del acuerdo sobre experiencias atómicas. Esta coincidencia podría parecer puramente fortuita, pero la forma que en que ha sido instrumentada y su influencia sobre las mentes occidentales han sido tan notables que impiden caer en ese simplismo. Dejando de lado el análisis de las divergencias en sí mismas, es posible detenerse en la utilización y propaganda que ha sabido hacerse en torno a ellas. Conviene, sin embargo, dejar sentado que la llamada disputa ideológica no pone en juego la concepción comunista del mundo ni altera el objetivo final de ambas partes, que continúa siendo la conquista del mundo entero obtenida a través de una agudización de los conflictos sociales en los diversos países. Las divergencias miran a los medios y son puramente estratégicas y tácticas. Al mismo tiempo debe señalarse que la misma divergencia, mayormente cuando ha sido rodeada de tanta publicidad hiperbólica, debe ser considerada como eminentemente táctica. Y en este caso, como táctica en que han colaborado eficazmente tanto Moscú como Peking.

Es innegable, en efecto, que las airadas exageraciones con que ambos contendientes han presentado las posiciones del opositor se han revelado admirablemente aptas para predisponer los corazones y las mentes occidentales; Moscú

supo pintar, como rasgos 1.º exentos de aterrado lirismo humanitario, la imagen de una China monstruosa cuyo único objetivo era desencadenar la guerra atómica; por su parte, China se empeñó en describir una Rusia aburguesada de regreso de su experiencia comunista y sólo soñando con entablar una duradera amistad con Estados Unidos y con los países occidentales. Ante los ojos occidentales ambas presentaciones concurrían a delinear la imagen de un nuevo Hamlet en esa Rusia dilacerada ante la alternativa de ser o no ser. Ya antes de las conversaciones del acuerdo y ante el evidente fracaso del diálogo intercomunista, las voces se levantaron por todo el mundo occidental para impedir que sus dirigentes hicieran oídos sordos a los humanitarios escrúpulos de los jerarcas rusos. Los comentaristas señalaban la necesidad de abandonar en esas circunstancias las actitudes intransigentes y la conveniencia de contemplar las concesiones que pudieran hacerse a las exigencias rusas. Nunca se había presentado una oportunidad tan maravillosa para aliviar la tensión mundial y asestar un golpe a la unidad comunista. Occidente no podía sino ablandarse para evitar que recayera sobre él la culpabilidad de los excesos que una Rusia rechazada pudiera cometer.

A estos comentarios de la prensa occidental contribuía China, no sólo con su endurecimiento doctrinal, sino aún con el recrudecimiento de actividades bélicas desde Corea hasta el Sudeste asiático y sus preparativos militares en la frontera con India. A este respecto es conveniente notar el total silencio que la prensa china guardó con ocasión de las luchas desencadenadas el año pasado en el Norte

de la India. Para quienes recuerdan la intensa propaganda interior que acompañó a la guerra de Corea, no deja de ser significativo el hecho de que China no haya pretendido movilizar los ánimos para sostener su aventura en la India. En esos días, mientras las tropas chinas luchaban y triunfaban en India, se llevaban a cabo manifestaciones populares provocadas en favor de la Cuba de Castro contra el imperialismo yanqui. ~~Aparentemente se pretendía otra cosa en la India que comenzar una guerra prolongada.~~

Contemplados los hechos en su conjunto, nos encontramos con un esquema casi ideal de ducha escocesa administrada según las reglas precisas de un lavado de cerebro internacional. Las perspectivas de un endurecimiento occidental eran hábilmente asociadas con la imagen de Rusia obligada a ceder, contra su voluntad, a los rigores de China. Y las posibles concesiones y ablandamiento cobraban por el contrario el carácter de contribución positiva a la paz del mundo y eliminación del peligro comunista.

ANÁLISIS REBUSCADO

Lo que hemos señalado podría aparecer como excesiva suspicacia, y por ende enteramente gratuito. Además corre el peligro de atribuir toda la malicia a Rusia y China, mientras los países occidentales aparecerían como víctimas inocentes de una poderosa intriga. No es esta ciertamente nuestra intención. Solamente señalamos el hecho de la sincronización de acontecimientos que efectivamente obtienen un resultado de ablandamiento en Occidente. Al mismo tiempo destacamos la propaganda con que se

han deformado las posiciones de los adversarios, en una forma muy apta para que los acontecimientos lograran su objetivo. Ante estos hechos nos parece más rebuscado el recurrir a una explicación por la mera casualidad. Los comunistas han dado pruebas palpables de manejar con habilidad el juego de los períodos de tensión y terror alternados con los de apaciguamiento y halago. Atribuirles inteligencia de las leyes psicológicas y exacta apreciación de la oportunidad de su aplicación, no tiene nada de gratuito.

A este respecto señala Strauss, presidente del C.S.U. (rama de la Democracia Cristiana en Baviera) refiriéndose al tratado de Moscú: *"Occidente no ha obtenido nada por el acuerdo sobre la suspensión de los ensayos nucleares, sino que lo ha dado todo. Por el contrario, el Este lo ha obtenido todo como deseaba y no ha concedido nada"*.

Detrás de este acuerdo se hallan otras intenciones. Unas atañen a la Conferencia sobre el desarme que de hecho se ha puesto en buenos pasos después de concluido el tratado de Moscú. Las proposiciones Americanas y Rusas a este respecto han sido casi totalmente coincidentes. El Sr. Stelle ha aceptado como presidente de la delegación americana el estudio de un pacto de no agresión entre la NATO y el grupo signatario del pacto de Varsovia. Es de notar que una semana antes del acuerdo de Moscú se rehusaba totalmente a ello por considerar que Ginebra no era ni el lugar, ni la conferencia, ni el marco adecuado para ese objetivo. A esto debe añadirse el intento de Rusia de obtener ciertas franquicias con los países del Mercado Común Europeo. El tiempo irá diciendo hasta qué punto han logrado ablan-

darse las estructuras de las alianzas occidentales.

OPINIONES OCCIDENTALES

Por parte de Occidente no hay una interpretación unánime sobre el acuerdo de Moscú. Cada país juzga según los intereses que tiene más en el corazón. Es así que el rechazo de De Gaulle se explica por su deseo ardiente de realizar una Europa europea, capaz de asentarse sobre sus propios pies y de hablar de igual a igual con Rusia y los Estados Unidos.

En este último país los intérpretes han visto la gran oportunidad para trabajar por un mayor acercamiento con Rusia que elimine las perspectivas de la guerra. Al mismo tiempo se han levantado temores de que una ruptura extrema entre Moscú y China pueda ser contraproducente. China quedaría, sin la influencia frenante de Rusia, mucho más libre para ocasionar incalculables molestias en Asia.

Inglaterra por su parte ha mirado más hacia la posición de China y manifiesta temores de que Occidente se deje impresionar por la imagen que de ese país ha presentado Rusia. Los intereses ingleses son muy grandes en Oriente, desde el punto de vista comercial. Por ello se recuerda cómo esa China que al terminar la guerra de Corea, no deja de ser rostro tan adusto supo dulcificarlo con ocasión de las conferencias de Bandung en 1955. No hay pues que desesperar en los momentos actuales sino más bien acercarse con paciencia a China para procurar ayudarla en la resolución de sus problemas económicos. La esperanza inglesa, presentada casi como una certeza, es la de que China también ablandará

su posición en la medida misma en que logre salir al paso de sus problemas internos.

Como se ve en estos países se concede toda realidad a la disputa y a la división entre los dos países comunistas. Otra es, en cambio, la posición de Alemania. En un artículo del *Frankfurter Allgemeine* del 17 de julio se señalaba que sería altamente imprudente de la parte de los occidentales el debilitar su actitud de firmeza o hacer concesiones basadas en la mera propaganda. El relajamiento de tensiones no sería en ese caso sino absolutamente efímero. No puede dudarse que tales apreciaciones reflejan el temor de Alemania de que el Acuerdo de Moscú pueda conducir de algún modo a fijar el estatuto jurídico actual de la Alemania del Este.

Todos los Estados aprecian los acontecimientos según sus intereses. Lo más sabio es pensar que también Rusia y China lo hacen así. Y que lo hacen con inteligencia. Sería un error y un juicio temerario el pensar que tanto China como Rusia guardan una secreta complicidad con el modo de vivir occidental o con su concepción del mundo. Lo más noble y acertado es pensar que esos dos países son plenamente consecuentes consigo mismos y que procuran llevar adelante esas empresas que su visión del mundo y de los problemas sociales les señalan como necesarias. Y estas siguen siendo y serán la aniquilación del régimen capitalista y el establecimiento del comunismo en el mundo entero. Si escogieron el camino del acuerdo de Moscú es simplemente porque lo vieron más adecuado, pero no por hallarse de vuelta tras una desilusionada experiencia comunista. ♦